



Buenos Aires, diciembre de 2019

Circular Nº 600

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Herman Ernst.

“Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti.”

(parte de Éxodo 33: 18-19)

Este texto es una palabra que Moisés dirige al Señor. Había sido elegido por Dios para una tarea especialmente difícil, la de liderar a su pueblo para salir de la esclavitud y guiarlo hacia una nueva tierra. En el cumplimiento de esa misión, Moisés más de una vez se sintió sin fuerzas, agobiado.

En un pasaje del capítulo anterior el Señor describe al pueblo como “de dura cerviz”, un pueblo difícil de conducir. A pesar de que Dios les había prometido enviar su ángel delante de ellos y su protección (Ex. 23:20-25) muchas veces Moisés fue confrontado. Su fortaleza fue rogar y sentir el acompañamiento divino. Del mismo modo le pide en el pasaje de nuestro texto bíblico: “Te ruego que me muestres tu gloria”. Dios miró con agrado la petición de Moisés porque no pidió convencer al pueblo, tampoco que allanara los caminos para encontrar y llegar a la tierra prometida. Más allá de las múltiples batallas y dificultades que tuvieran por delante, a Moisés solo le bastaba con tener la certeza de su presencia a su lado y pidió poder percibirla.

Esta vivencia de Moisés nos sirve de ejemplo. Venimos al encuentro con Dios para saber qué es lo que espera de nosotros. En nuestro peregrinar hacia la meta eterna, conocedores de las dificultades que nos esperan, qué hermoso es si solamente nos basta con sentir su presencia. No pedir que nos solucione los problemas o las distintas situaciones que nos podrían provocar dolor o agobio. Y qué hermoso que el Señor en su gracia nos permita percibir su presencia y su gloria.

La respuesta a Moisés fue: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro...”. Lo mismo puede acontecer si le pedimos a Dios ver su gloria, no pruebas de fe o milagros como prueba de que realmente existe y está con nosotros acompañándonos permanentemente, sino solamente pedirle sentir en nuestra alma su presencia.

Podría acontecer que por un problema de salud tuviésemos que encarar un largo proceso penoso. Entonces, ¿qué le pedimos? ¿Un milagro o poder ver su gloria? Nos sujetamos a las riquezas adquiridas en tantas situaciones difíciles que hemos vivido para acercarnos a Dios y le rogamos la posibilidad de ver su gloria una vez más.

Dios permite que podamos ver su gloria en lo profundo del alma al sentir su paz, la certeza de su cercanía y las fuerzas de la comunión con Él.

A veces nuestra preocupación pasa por aquellos que Dios nos ha confiado, nuestros hijos, nuestros nietos y nos preguntamos qué será de ellos. Quizás alguno persevera en la fe y otro no. Incluimos esa preocupación en nuestras oraciones y quedamos confiados porque



sabemos que es Dios quien genera oportunidades. A pesar de nuestras faltas y errores, ¿qué cosa no hará Dios para permitirnos llegar a la comunión con Él? Este es un tesoro que apreciamos al ver su gloria. Nuestra tarea es reflexionar qué pasa por nuestro corazón, cuáles son nuestras prioridades, si son las correctas. Y si lo son, veremos su gloria.

Si las prioridades en nuestro corazón están bien, ocupará un lugar especial nuestro ruego al Señor de que podamos ser herramientas idóneas en sus manos en el testimonio de su Obra con las almas que aún no la han reconocido, y de su amor. Entre los hermanos en la fe, quienes transitamos juntos el camino hacia la venida de Cristo, sabemos así hablar pero especialmente también escuchar y ver la gloria de Dios al compartir las experiencias de cada uno.

El ruego de poder ver la gloria de Dios no solo atañe al presente. Lleva implícito el futuro retorno de Cristo y apreciar el desarrollo del plan de salvación de Dios. Vemos de qué forma van transcurriendo los tiempos, gozándonos de que no obedecen a nuestros criterios personales, nuestros miramientos. Humanamente solemos preguntarnos “cómo terminará todo esto”, observando cómo el hombre se ha vuelto cada vez más egocéntrico, más individualista, alejado de Dios. Pero no nos quedamos en esto sino que sabemos que por causa de los escogidos los tiempos serán acortados. Esto tiene que ser algo que nos impulse, queremos ver la gloria del Señor en ese día, cuando sus hijos, los que se hayan preparado, sean arrebatados y transfigurados. Apreciamos el inminente retorno de nuestro Señor Jesucristo. El Señor expresó: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18: 8). Pero esto no nos desmotiva, sino que por el contrario, nos impulsa a trabajar con todas nuestras fuerzas para cumplir el propósito para el cual hemos sido llamados: ser benditos y de bendición, llamados de las tinieblas a su luz admirable para anunciar las virtudes del que ha de venir (1 Pedro 2:9).

Ante el pedido de Moisés de ver su rostro, la respuesta del Señor: “No podrás ver mi rostro, porque no me verá hombre y vivirá” (Éxodo 33: 20). En su amor el Señor cumplió su deseo pero parcialmente, hasta donde Moisés lo podría soportar. Es bueno saber que hasta el día del Señor no podremos ver su rostro, pero qué hermoso cómo deja pasar su gloria delante de nosotros.

No miremos hacia atrás añorando el pasado, asumiendo que todo tiempo pasado fue mejor, porque cada día que pasa nos acerca al retorno de Jesucristo. Si miramos hacia atrás, hagámoslo para, como dice el himno, contar “los favores que el Señor te dio...”, para alabanza y agradecimiento. Apreciemos cómo de manera tan maravillosa la sabiduría Dios fue guiando los caminos. Cuando a nuestro criterio hemos transitado en partes de nuestras vidas por un laberinto sin salida, Él nos fue llevando. Entonces si miramos al pasado, decimos: “Padre, ¡cuánto te agradezco! Por haber estado conmigo. Por tu gracia sobre gracia, amor y más amor”.

El Señor luego le dijo a Moisés: “Y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro” (versículos 22-23). Cuando nosotros vemos pasar la gloria de Dios delante de nuestros ojos, su bien, a veces pasan muchos años hasta darnos cuenta de que fue el Señor quien nos llevó por aquellas situaciones, cuando sentíamos que no las podíamos soportar, cuando una injusticia causó un gran dolor y hasta nos sentimos solos. Fue la gloria de Dios por la que, como le dijo a Moisés, al mover su mano nos permitió ver el camino trazado por Dios, maravilloso camino que nos ha hecho más fuertes y ricos en Cristo. Que siempre tengamos la sabiduría de saber esperar en el Señor. Ante una angustiada sequía y habiendo experimentado el respaldo de Dios, recién la séptima vez que el criado de Elías volvió a mirar hacia el mar alcanzó a ver una pequeña nube... (1 Reyes 18:43-44). No le pedimos explicaciones ni respuestas al amado Dios, sino



la capacidad de permanecer amando, aceptando en fiel seguimiento, en comunión inalterable con Él.

Poder ver su gloria es también agradecer cada día por abrir nuestros ojos y ver las maravillas de su creación. También allí los espíritus de abajo nos quieren desalentar: “mirá lo que está haciendo el ser humano, cómo destruye todo”, y otra vez la pregunta: “¿En qué va a terminar todo esto?”. Perseveremos en la confianza, todo reposa en la mano de nuestro Padre celestial. Por nuestra parte, hacemos nuestro esfuerzo por cuidar su creación, mirando por las generaciones futuras. Pero también miramos la creación espiritual. Dios al crear el hombre le dio la libertad de elegir y aunque eligió mal, le prometió su ayuda, enviaría a aquel que pisaría la cabeza de la serpiente.

El Señor siempre ha tenido gracia para con la humanidad y la sigue teniendo. En su creación espiritual también nos permite ver su gloria. Como en lo material el hombre suele creer en lo que ve pero muchas veces tiene que reconocer que, aún en lo que ve, se engaña. En lo espiritual también es así. Ver la gloria de Dios, que no ha sido dado a los sabios y entendidos, sino a nosotros si conservamos el corazón de niño (Mt. 11:25).

Cuánto agradecimiento, cuánta alabanza a Dios porque su gloria se manifieste así, no en función de las bases del prestigio humano, ni de su consideración de mérito, sino como le dijo al Apóstol Pablo: *“Bástate mi gracia; porque mi poder en la debilidad se perfecciona”* (comparar con 2 Corintios 12: 9). Que podamos ver la gloria de Dios en la vida espiritual que cada uno desarrolla cotidianamente.

En Romanos 9:16 dice: *“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”*. La elección no depende de nuestras obras, sino de la gracia de Dios. Alguien podría pensar que por sus buenas obras será salvo. Podrá hacer las mayores obras, las mejores obras en bien de la humanidad pero si no se coloca bajo la gracia de Dios no puede llegar a la salvación del alma. Entonces no se trata del que más hace sino del que se reconoce pecador y se coloca bajo la gracia de Cristo. ¿No vemos allí también la gloria de Dios, que sea así?

Podemos ver también la gloria en su Hijo. En Juan 1: 14 dice: *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”*. Esa gloria la podemos ver en el Servicio Divino cuando Dios nos habla, en su palabra. Somos todos tan diferentes, llevamos vidas tan distintas y no obstante el Señor toca la fibra más íntima de nuestro corazón. ¿No es esto también un milagro, en cada Servicio Divino? La forma individual en la que nos habla. Cuando estamos delante de Él muchas veces nos sentimos descubiertos, porque hemos estado esforzándonos para que no se viera nuestra debilidad. Y otras veces sentimos admiración y sorpresa porque bajo la luz de la palabra apreciamos una realidad de nuestra alma que ignorábamos que era así. ¿No es esto la gloria de Dios?

El hecho de vivir que una vez más nuestros pecados son perdonados y tener comunión con Cristo, no sé si algún día alcanzaremos a entender lo que significa. El valor de la Santa Cena y de poder acceder a ella. Seguramente en esta tierra no llegaremos a reconocerlo jamás. Y a veces, como suele pasar en la vida material, lo que viene de balde lo desechamos, o no lo valoramos. La gracia de Dios viene de balde y es fundamental, no solamente para nuestra vida en la tierra sino para toda la eternidad. Entonces no menospreciamos el valor de lo que tenemos por delante.

Y por nuestra fe, por nuestro reconocimiento, por lo que vivimos en la Obra de Dios, por nuestras experiencias, muchos podrán también ver la gloria de nuestro Padre. No miremos



con ojos materiales, creyendo que a muy pocos les interesa como si fuese algo pasado de moda, que perdió vigencia. Veamos la gloria de Dios y propiciemos que muchos lo puedan hacer. Su impacto en el alma es algo atemporal, de efectos eternos insospechados. Para muchos será la expresión vertida en el libro de Job: *“De oídas te había oído. Mas ahora mis ojos te ven”* (Job 42:5). No dejemos pasar la gloria de Dios delante de nosotros sin apreciarla ni de alentar a otros a que lo hagan. Se manifiesta en su Obra: admirémosla y sigamos perseverantes el camino que Dios nos trazó. Porque:

“... oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” (Apocalipsis 21:3-4).

* * *